

ACTUALIDAD DE LA HISTORIA

Alfredo Riquelme Segovia



"Somos producto del pasado y estamos viviendo sumergidos en lo pasado, que por todas partes nos oprime. ¿Cómo emprender nueva vida, cómo crear nuestra acción sin salir del pasado, sin sobrepujarlo?, ¿y cómo sobrepujarlo, si estamos dentro de él y él está con nosotros? No hay más que una salida, la del pensamiento que no corta relaciones con el pasado, sino que se levanta sobre él idealmente y lo trueca en conocimiento".

(Benedetto Croce)

Es un hecho que resulta ya perceptible el que -acercándonos casi sin darnos cuenta a una década de dominación autoritaria- cada vez más ojos se orientan a hurgar en nuestro pasado para intentar encontrar en la historia del Chile contemporáneo, no sólo las raíces de nuestro presente; sino, casi con angustia, las fuentes de su superación.

La afirmación de la historicidad de la sociedad y de los hombres, el despertar en los intelectuales y en la gran masa una conciencia histórica, se constituye en una tarea cultural ineludible cuando el sistema pareciera llevarnos a vivir en un eterno presente, reducidos a la condición de prisioneros de la cotidianidad individual, de productores y consumidores sin horizontes que trasciendan los estrechos marcos de un mercado omnipotente impuesto por quienes aspiran a monopolizar para sí la condición de sujetos.

Es así como la historiografía, que durante los últimos tiempos de la República parecía haber sido desplazada del centro de la investigación sobre nuestra realidad pasada y presente por el empuje arrollador y revitalizador de las otras Ciencias Sociales, hoy retorna a ocupar un lugar irremplazable

en la orquesta de disciplinas que, al tiempo que afina sus instrumentos maltratados, procura devolvernos en un contrapunto dialógico y dialéctico una i imagen coherente de la Patria enajenada.

Si es cierto, como nos parece evidente, que cada generación tiene que reescribir la historia y que se arroja a esta empresa impulsada por los acuciantes desafíos que su tiempo le impone, pensamos que es posible establecer una íntima relación entre la "Edad de Hierro" en que vivimos y el tipo de preocupaciones en torno de las cuales está girando la actividad de muchos jó venes historiadores en formación.

Enfrentados a una historia que se manipula cuando no se oculta; afirmamos la necesidad de su conocimiento para acceder a una visión inteligentemente realista y volitivamente optimista de nuestras limitaciones y nuestras posibilidades. Sometidos a un poder que niega teórica y prácticamente la auténtica libertad humana; no podemos sino concebir la historia como creación libre (aunque de ningún modo arbitraria) de los sujetos históricos (es decir, de los hombres que piensan y transforman las condiciones en que se han creado y en ese proceso se hacen conscientes y se realizan), por sobre la mera reducción determinista a las circunstancias y las fuerzas anónimas (sustrato y marco ineludible, pero no la "esencia" detrás de la apariencia"). Inmersos en una sociedad en la cual la pluralidad es negada y el conflicto execrado o definido como guerra entre el bien y el mal, donde los disidentes son excluí dos; buscamos el reencuentro con una historia precisamente en la pluralidad y en el conflicto, en la confrontación y el encuentro de pensamientos, palabras, escritos y acciones.

En fin, enfrentados a la condena lanzada desde las cimas del poder hacia nuestra historia contemporánea; nos negamos a hacer nuestra una perspectiva que confunde la decadencia de una clase dirigente que dejó de serlo, con el ocaso de la Nación. Por el contrario, hemos aprendido a valorar ese largo y rico período de nuestra historia en que los sectores sociales y políticos actualmente dominados se constituyeron en sujetos, irrumpiendo en la historia, tomando parte en los conflictos y consensos que dieron forma al pro ceso de construcción y desarrollo del Chile democrático.

No nos parece, pues, fruto del azar o del capricho, el creciente interés de nuestra generación de jóvenes historiadores por la historia cultural y política del Chile contemporáneo. Es precisamente en esos ámbitos del queh cer nacional, donde se constituyen y despliegan los sujetos -individuales y co lectivos- de un proceso histórico que debemos recuperar, no para retornar al pasado (lo cual, dicho sea de paso, es imposible) sino para proyectarnos, con decisión y lucidez, hacia nuestro futuro.

Nos inquieta investigar el pensamiento y la acción de los intelectuales -individuales y colectivos- que han sido formadores y orientadores de los diversos sectores que, mediante la elaboración hecha por aquéllos de su experiencia social, de su cultura y de su praxis, devienen sujetos históricos orientados por diversas ideologías (es decir, por conjuntos estructurados de concepciones y posturas que conforman su comportamiento sociopolítico en consideración a un fin deseado u orden justo de la sociedad y de un sistema de valores, sobre cuyo fundamento se opta por ese fin). Queremos conocer cómo esas ideologías se fueron perfilando a través de un complejo proceso de confron taciones y convergencias, en el cual jugará un papel decisivo la relación

dialéctica establecida entre diversas influencias doctrinarias y el marco histórico en el cual se desplegase el pensamiento y la acción de los sujetos que a través de aquéllas orientaban su quehacer.

Queremos comprender el rol de los partidos políticos en el Chile contemporáneo. Instancias de encuentro entre cultura y política; creadores, por tadores y socializadores de ideologías; instrumentos y sujetos en la lucha por la dirección intelectual y moral de la sociedad chilena.

También nos preocupa investigar la dinámica de la constitución y el desenvolvimiento de los diversos movimientos sociales que han ido delineando sus perfiles en la historia de nuestro siglo; y su relación con las ideologías, los partidos, las clases, la cultura y el Estado, en los marcos de un comple jo proceso de democratización sociopolítica.

En la elección de los temas y enfoques que hemos reseñado -de manera ciertamente incompleta y enfatizando las preocupaciones que nos son más cercanas-, es claro el propósito de "rescatar" a los sujetos y ámbitos de nuestro desenvolvimiento histórico cuya validez es negada, en las palabras y en los hechos, por la actual dominación. Existe, por lo tanto, una intensa motivación ideológica que conduce -en mayor o menor medida- a centrar el foco en determinados aspectos y protagonistas, connotados valóricamente con prioridad a la investigación. De este fenómeno da cuenta, sin ir más lejos, la caracterización cargada de simpatía que hiciéramos más arriba del papel de los intelectuales, las ideologías y los partidos políticos en nuestra historia contem poránea.

Esa motivación ideológica, que constituye -ahora y siempre- un poder o so estímulo para la investigación histórica; puede sin embargo, conducirnos -de no estar prevenidos- a considerar al sujeto o ámbito objeto de nuestro in terés como el agente o la dimensión por excelencia del desarrollo de nuestra historia contemporánea, la que resultaría empobrecida al reducirla a la historia de uno de sus aspectos. En ese sentido, puede conspirar también el carácter necesariamente monográfico de las investigaciones que emprendemos quie nes hacemos nuestras primeras armas en la ciencia histórica.

Asimismo, el rechazo ideológico del presente puede conducirnos a una visión apologética de la época que lo antecedió y de la que nuestra actualidad parece ser la negación; sin percatarnos de que fue precisamente la acumulación de conflictos no resueltos entonces, el terreno sobre el cual se abrió paso la dominación autoritaria que aún perdura. No sería, pues, una visión in teligente de nuestra trayectoria histórica, la que, frente al mito conservador de la "Edad de Oro" pelucona, levantara la imagen mistificada de una edad dorada democrática.

Ocurre que no sólo nos enfrentamos a un pasado y un presente complejos; sino que también nos enfrentamos a las formas previas en que ese pasado y presente han sido pensados, los cuales, si bien han abierto caminos hacia su conocimiento y constituyen el fundamento de nuestra reflexión (que se va conformando en un proceso de continuidad y ruptura con aquéllas), se revelan actualmente como insuficientes. Enfrentamos no sólo una historia, sino también una historiografía que sólo está comenzando a abordar con la profundidad y amplitud necesaria el período que nos preocupa. Actualmente sólo contamos con

distintas historias particulares y algunas hipótesis sobre el sentido general de la época (hipótesis provenientes, fundamentalmente, de diversas visiones ideológicas y de las otras ciencias sociales).

El desafío que enfrenta y debe resolver una historiografía contemporánea es, entonces, acceder, desde esas historias particulares y visiones globales, a una comprensión cabal no sólo de los sujetos particulares considerados en sí mismos (personalidades, partidos, clases, instituciones, movimientos sociales y culturales); sino desde la perspectiva del proceso global resultante de sus interacciones, del conjunto del proceso histórico donde aquellos se plasman y en el cual su acción adquiere sentido. Se trata de situar, a través de la investigación y no apriorísticamente, a los sujetos objeto de nuestro estudio en la historia de la cual son, simultáneamente, creaciones y creadores.

Sólo desde una perspectiva histórica nacional, y comprensiva de las relaciones entre nuestro desenvolvimiento y las grandes tendencias de la historia universal contemporánea, será posible transitar desde las historias particulares hacia una visión de Chile que, entroncando pasado y futuro en toda su riqueza y complejidad, contribuya, desde el punto de vista de la conformación de una conciencia histórica renovada, a abrir el camino para superar en pensamientos y actos este presente, que por todas partes nos oprime.